

LA PROFESION LEGAL – AYER Y HOY

En días pasados, tuve la oportunidad de presidir una sencilla ceremonia judicial en la cual un grupo de jóvenes abogados prestó juramento de fidelidad a la Constitución y las leyes de los Estados Unidos. Al así hacerlo, quedaron admitidos a postular ante el Tribunal Federal. Para muchos de ellos, esta segunda admisión al ejercicio de la profesión legal en el foro federal complementaba la primera ante el Tribunal Supremo de Puerto Rico. Estos jóvenes letrados me impresionaron positivamente. Vi en ellos un corazón limpio y el deseo de triunfar. Recordé el momento en que tomé ese paso hace más de treinta años.

Pero que diferente eran las cosas entonces. Cuando comencé mi carrera profesional como abogado, había menos riesgos para el abogado joven. Tanto en los tribunales como en los círculos profesionales, imperaba un ambiente de absoluto respeto al quehacer legal y judicial. En aquella época, eran menos los abogados y jueces y prevalecía la premisa inarticulada de que aquel que no cumpliera con los cánones de ética profesional se cerraba las puertas del éxito, aventurándose a que los jueces y sus colegas rechazaran de plano desviaciones de la norma ética vigente.

Por otro lado, sentí inquietud al pensar que para estos jóvenes profesionales su desenvolvimiento en la profesión legal sería mucho más complicado que lo que fue para los de mi época. Les advertí que pasarían por momentos difíciles y de grandes tentaciones y les aconsejé que no permitieran que el “poderoso caballero don dinero” les quebrara la fibra moral y ética, como tantas veces sucede en esta época tan incomprensible que vivimos.

Discutí con estos jóvenes profesionales que su misión como abogados no es hacer todo lo que estuviera a su alcance para ganar el caso de su cliente. Por el contrario, les

inspiré a dedicarse con devoción e interés a la causa encomendada, defendiendo firmemente no solo los derechos y obligaciones de un cliente, sino también los derechos de todos en el contexto del medio social en que vivimos.

Y es que un buen abogado no permite la justificación de un resultado basado en prácticas inescrupulosas. Por eso decimos que el buen abogado, el abogado honesto y socialmente responsable, hace por su cliente todo lo que pueda, siempre y cuando lo haga con entera devoción dentro del marco de los principios éticos vigentes, respetando la norma legal, los derechos ajenos y los más básicos principios de justicia legal y social. Enfatice que el mal nombre que a veces nuestra profesión se ha ganado se debe precisamente al desbalance que creamos cuando justificamos el fin de ganar a toda costa, irrespectivo de consecuencias.

El abogado le debe entera devoción a la causa de su cliente. Esto requiere un estudio profundo y honesto de la situación planteada y conlleva el deber de advertir sobre los puntos fuertes y los puntos débiles de una postura contenciosa. Es el abogado el llamado a darle perspectiva al desespero de un cliente, aunque esto conlleve sacudirlo y hacerlo aceptar la cruda realidad de su caso o su propuesta de defensa. Es el abogado el profesional con autoridad moral y legal de indicarle a un cliente que no lo ha de representar, a menos que sea en estricto cumplimiento con la norma ética y legal, sin miedo de clase alguna. El oficio de abogado no permite y mucho menos obliga a violar la ley para beneficio de un cliente para así lograr una victoria no-merecida. Es misión del abogado cultivar la conciencia ética y no seguir ciegamente las sugerencias o peticiones impropias por parte de un cliente guiado quizás por desilusión, despecho, impotencia o pesimismo.

Pienso que en mi época había más honradez y verticalidad, y le enfatice a los nuevos abogados que su conducta ante los tribunales debe estar caracterizada por su honestidad, sinceridad, rectitud y juego limpio. Un verdadero abogado jamás citará fuera de contexto una situación de hecho o de derecho y deberá orientar al tribunal con toda candidez sobre el derecho aplicable, ya sea a favor o en contra de su postura. El abogado justo, serio y responsable no redacta documentos dudosos, ni se presta a tapar el cielo con la mano, insultando no solo su propia inteligencia, sino la dignidad del sistema judicial.

El profesional del derecho no ofrece evidencia ante un tribunal que sabe a ciencia cierta no debe ser admisible ni presenta argumentos engañosos ante un juez o un jurado. Estas son prácticas inaceptables y poco profesionales que, al fin y al cabo, minan la confianza pública en la profesión legal.

Por último, les advertí que no hay persona o institución civil o política que por su poder e influencia merezca recibir de un abogado servicios o consejo que envuelvan falta de lealtad a la letra y espíritu de la ley o al respeto debido a las instituciones judiciales. No hay cabida en nuestro sistema democrático de vida ordenada para aquellas prácticas que pongan en entredicho el buen nombre de nuestro sistema de administrar justicia. Por otro lado, sí hay cabida y reconocimiento para aquellos que honran la profesión de abogado procurando los mejores intereses de un cliente en estricto cumplimiento con la ley y el orden público.

Estos jóvenes abogados abandonaron mi sala concluida la ceremonia debidamente aconsejados. Percibí en ellos un aire de que harían todo lo que estuviera a su alcance para lograr los más altos honores profesionales, consistente con una buena reputación de fidelidad a la encomienda privada o pública, al deber social de ejercer la profesión en

forma honesta y patriótica. Después de todo, la profesión legal y nuestras instituciones judiciales representan el deseo colectivo de respeto a la dignidad del ser humano bajo principios de esencial igualdad humana que propicien vida en paz y armonía. Que así sea.